

¿Dónde encontrar a Dios Padre?

Cristo está en el prójimo, Cristo está en el sacramento de la Eucaristía, está en el sagrario de las iglesias, en la comunidad cristiana; “donde haya dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio vuestro” (Mt 18,20). Pero, en cambio, Él nos dice y lo distingue muy claro: “cuando queráis estar con vuestro Padre, id a vuestra habitación y cerrada la puerta...”. Tiene mucha importancia la expresión “cerrada la puerta” (Mt 6,6), la puerta que, indudablemente, es el mismo Cristo, para que no nos puedan molestar: estamos en audiencia con Dios Padre. Y continúa: “... en el fondo de la habitación mi Padre os oye, mi Padre que ve en lo escondido os atenderá”. El “sagrario” de Dios Padre, por tanto, no es el mismo que el del Hijo. Y nosotros, precisamente, somos el sagrario, el templo, de este dulce huésped del alma que es el Espíritu Santo.

Tenemos que recuperar la alegría del misterio de la Trinidad y no quedarnos simplemente como si fuera una sola persona. Es un solo Dios, tres Personas distintas, no tres dioses. Un único Dios, pero son Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Virgen María lo entendía esto muy bien, como nadie. El sagrario de Dios Padre es, a solas, cada uno en su habitación. ¿Cuándo recuperaremos la soledad y el silencio? ¿Cuándo sabremos estar en nuestra casa? Deberíamos aprender a decir a los familiares: voy a estar un rato en mi habitación, solo, dejadme estar solo con Dios, no puedo estar con mejor compañía.

Estoy con Dios, dejadme un rato solo. Y que los padres dejen a los hijos también que recen algunos ratos solos, y los hijos a los padres, y los esposos a las esposas y viceversa. María en la soledad del Sábado Santo, ella sola es la cumbre de la humanidad, porque Cristo está muerto y enterrado. María dirigiéndose a Dios Padre.

Nosotros, a veces, somos un poco niños chicos y le tenemos algo de miedo a Dios. Decimos: “Mira Padre, ponemos a Cristo delante, Él que hable contigo, porque Él es Dios como Tú, Él es tu Hijo primogénito”. Parece que nos escondemos detrás de Cristo porque tenemos miedo al Padre. Pero Cristo nos quiere adultos. Cristo nos saca de detrás de su espalda que nos protege, y nos pone a su lado y nos dice: gracias a Mí, es también Padre tuyo; ya no sólo es Padre mío sino de cada persona humana, y cada persona humana tiene que dirigirse al Padre. Cristo se queda tristísimo si no le utilizamos como camino. También si le utilizamos como final de camino, ya que tampoco quiere que nos quedemos en Él. Cristo no predicaba de sí mismo, Cristo no vino a anunciarse a sí mismo, vino a predicar a Dios Padre, vino a traernos la Revelación sobre el Padre. Él quiere que le sigamos, porque tiene que ser a través de Cristo –único mediador, pontífice- como llegaremos al Padre. Pero, hemos de llegar al Padre, no podemos quedarnos a medio camino de la vida cristiana.

Juan Miguel González-Feria

Para acceder a
más artículos
y escuchar el
audio de este:



Unión de voluntades

Cuando nos dirigimos al Padre con la oración que Jesús nos enseñó, el Padrenuestro, hay un momento en que le pedimos: “hágase tu voluntad...”. Este “hágase tu voluntad”, formulado así, podría parecer como si le diéramos una orden a Dios o cediéramos ante un pulso de fuerzas y acabáramos diciéndole que haga lo que desee. Si lo reformulamos de otra manera: “que se haga tu voluntad”, estamos expresando un deseo al cual nos adherimos. Este desear que se realice la voluntad del Padre nos recuerda la pasión y resurrección de Jesús. Y, ¿qué son la pasión y resurrección?: un “sí” incondicional, donde el valor más grande de este sí es la libertad. No se trata de un sí sumiso o fruto del temor, sino un sí libre, auténtico, consciente, maduro, que trae consecuencias las cuales son aceptadas.

La palabra voluntad proviene del verbo latino *volō*: querer, desear. Hacer la voluntad, pues, es ejercer la libertad. Y la libertad es sintonizar nuestras decisiones y acciones con aquello que nos pide el corazón. Implica todo un camino de escucha, sinceridad, discernimiento, responsabilidad. Podríamos decir, incluso, que la voluntad hunde sus raíces en la libertad. Si no

soy libre, no puedo decir “quiero” de una forma plena. También hemos de tener en cuenta que la libertad no es sólo individual, sino que se produce en resonancia con la realidad que nos envuelve. La libertad no es mía, sino nuestra.

Cuando uno toma consciencia y desea unir su voluntad con la de Dios, esto no implica una renuncia. Por el contrario, implica una aceptación, un encuentro, un reconocimiento gozoso. Dios nos ha dado un “sí” fundamental a cada ser al brindarnos la existencia, pero, sobre todo, al acompañarla de la libertad. Nuestro “sí” pasa por reconocer y aceptar ese don de la vida y por ser conscientes de la libertad que late dentro de nosotros y que, unida a la de Dios, se traduce en un desear que Él habite en mí, habitando yo en Él. Esto produce milagros.

Los seres humanos somos limitados, por tanto, nuestra libertad y nuestra voluntad también lo son. Sin embargo, al unirse a la libertad y a la voluntad de Dios, trasciende en beneficio mío y de toda la creación, comenzando por la realidad más próxima.

Javier Bustamante

Para acceder a
más artículos
y escuchar el
audio de este:



Buena compañía

Hay muchas maneras de acompañar. En cualquiera se está compartiendo la situación vital del otro. Esto nos hace pensar en la manera en que Jesús hace camino con los discípulos de Emaús.

Cuántas claves nos propone Jesús para saber acompañar a las personas. Acompañamiento no sólo es presencia y cercanía, también es humildad, respeto, empatía, prudencia y libertad.

Ver video:



“Porque dando es como se recibe,
olvidando es como se encuentra,
perdonando se es perdonado
y muriendo se resucita a la vida que no conoce fin”.

San Francisco de Asís

